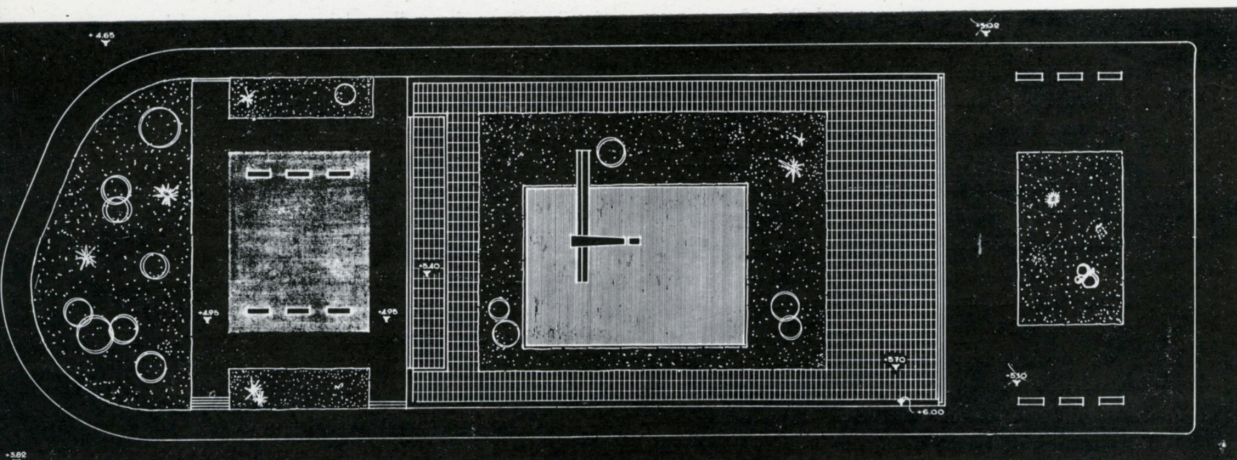




Lema "777"

Arquitectos: Felipe Lafita
Luis Masayeu
Escultores: Leonardo Martínez Bueno
José Luis Sánchez

El monumento está dedicado a la defensa de Oviedo, que tuvo lugar durante los años 1936, 37 y 38. Los materiales empleados—piedra, agua, bronce, en la escultura y jardín—se trataron con la máxima simplicidad. La piedra, principal material, es de granito, y la aportan las cuatro provincias gallegas como recuerdo en la participación que tuvieron en el mantenimiento de la defensa y en el levantamiento del cerco.

La forma general son dos muros, cuya planta, en cruz disimétrica, surge de un estanque rectangular, uno de cuyos lados se apoya en la orilla del estanque antes citado.

Los muros tienen una ligera forma trapezoidal, en sección horizontal el menor y vertical el mayor.

Se hizo pensando en los efectos de la luz sobre el conjunto.

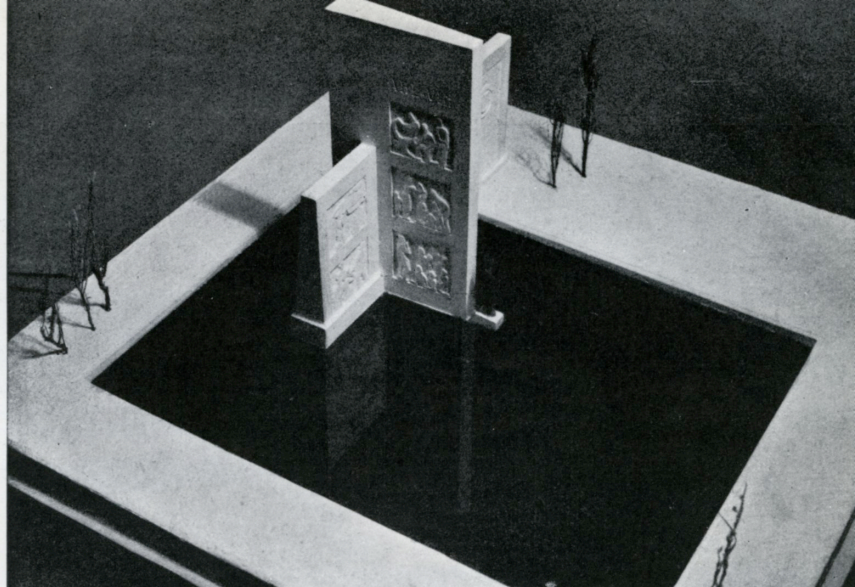
Las paredes de los mismos se decorarán con cuatro relieves del escultor Leonardo Martínez Bueno, y adosada al muro más alto y marcando el eje irracional de simetría, se sitúa una Victoria de José Luis Sánchez.

En el estanque se había proyectado una serie de surtidores y una iluminación adecuada al conjunto.

La totalidad de la plaza se urbaniza de manera que forme un fondo adecuado al monumento.



Vista de la maqueta del proyecto tema "777".



Este concurso ha sido fallado de acuerdo con los términos que expresa el acta del jurado que aquí se ha reproducido. Con posterioridad, hace unos días, ha aparecido un suelto en el periódico asturiano *La Nueva España* en el que se dice que el monumento en cuestión va a ser realizado de acuerdo con un proyecto del arquitecto Zurillaga y del escultor Zaragoza.

No sabemos, ni interesan para este comentario, los motivos que hayan dado lugar a este estado de cosas. Parece deducirse de lo anterior que el proyecto premiado, no obstante el galardón, no ha gustado. Esto sí merece un comentario, que viene un poco traído por los cabellos, porque se parte de unos supuestos, aunque presumibles, no confirmados.

El artista—arquitecto, escultor, pintor—no puede estar en desacuerdo y en oposición con la sociedad de la que forma parte, con la época a que pertenece. Ya están—en casi todas partes—admitidas las nuevas tendencias estéticas y ya pasó el momento de la lucha contra el medio ambiente hostil. Ahora el artista tiene que emplear íntegramente sus energías y talentos en el logro de la obra que sus conciudadanos le encargaron.

Fué emocionante, ya lo hemos referido en otra ocasión, en la visita que este verano hicimos al Ayuntamiento de Rødovre, un suburbio de Copenhague, comprobar el mimo y la atención con que aquellas gentes—los concejales, los empleados y el público—cuidaban de aquel soberbio edificio, auténtica pieza maestra de uno de los grandes arquitectos europeos de esta época, el profesor Arne Jacobsen. Este arquitecto no tuvo que hacer concesiones al público al proyectar este modernísimo edificio—emplearemos para mejor entendernos el término al uso—, porque sabía que sus ideas sobre arquitectura se acordaban con las de sus conciudadanos. Así, pudiendo emplear su gran talento con absoluta dedicación a la pura tarea profesional, consiguió el re-

sultado que es admiración de propios y extraños.

Al público, dicho sea con todos los respetos y con la máxima humildad, hace falta orientarle, y esto, que siempre es necesario, se hace imprescindible en épocas tan difíciles y tan cambiantes como ésta. Pero no es orientar decir hoy una cosa y mañana otra totalmente distinta, y, por desgracia, algo de esto, artísticamente, es lo que está pasando entre nosotros.

En una muy solemne función religiosa celebrada recientemente en una iglesia madrileña, muy concurrida de fieles, tuvimos ocasión de comprobar, materializado muy destacadamente, este despiste estético.

Sobre los balaustres que rematan la reja que separa el presbiterio de la nave se habían colocado unos jarrones de alabastro, con flores artificiales encima. Estos jarrones tenían en su interior unas lámparas que, encendidas, daban dentera, porque, aparte de su mal gusto, daban fe de la artificialidad de las plantas, cosa siempre desagradable, y más en una iglesia y en una solemne función religiosa a la Virgen.

Pero es que a un metro de estos jarrones de alabastro había, iluminando el altar, unos reflectores de proyecto, diremos, funcional. ¿Jarrones de alabastro? Pues reflectores que hagan juego. Pero de pronto antiguo y de pronto moderno, no hay quién lo entienda.

Esta convivencia, esta proximidad de ideas tan dispares, es inadmisibles, y aunque parezca que no, hace mucho daño, porque nos desorienta y nos despista a todos.

No es, pues, de extrañar que planteadas las cosas tal como lo están entre nosotros, se produzcan hechos como este del monumento a los héroes de Oviedo, que pone al descubierto el divorcio entre las ideas de unos profesionales y la pública opinión. Un poco más de humildad por parte de todos y de afán de llegar a comprenderse conduciría, en beneficio común, a mejores resultados.